

su favor mucho mas seguramente de lo que hubiera hecho para mí mismo, por lo cual obtuvo todas las ventajas que podía reportar de la bondad con que se tenia á bien acogerme; así es que no economizó ninguna de las fórmulas del agradecimiento mas profundo para darme gracias, asegurándome que no tendria que hacer sino confiarme á él para vencer todas las dificultades del viaje, pues no seria su huésped, sino su pariente. Todo lo que le pertenecía, añadía el italiano, me pertenecería á mí, y se apresuraba á poner de antemano su domicilio y todos sus dependientes á mi disposicion. En una palabra: tales protestas me sedujeron, y quedó resuelto que penetraría en las comarcas mas agrestes bajo la direccion del señor X.....

A punto ya de partir, ocurrióme hacer una cosa de la que no tenia la menor idea: me acordé de la fotografía. Como nada se me alcanzaba respecto de este arte, compré algunos instrumentos viejos y deteriorados, algunos productos averiados y un libro cualquiera con la intencion de estudiar en el camino.

El 2 de noviembre, el señor X... y yo nos embarcamos en el vapor *Mercurio*, que remolcaba un vaporcito destinado á subir el rio Espíritu-Santo. La mar se presentaba borrascosa, hacia viento, y el barco que remolcábamos retrasaba mucho nuestra marcha. La mayor parte de los pasajeros eran colonos alemanes que iban á engrosar el número de sus compatriotas ya establecidos en las orillas del citado rio. Como nuestro vapor no era grande, la mayor parte de nosotros se acostaba en una especie de armarios construidos en el puente. Yo ocupaba uno de ellos, y siendo el balance muy fuerte, tomé el partido de permanecer todo el dia en la posicion horizontal. Para no omitir nada, diré que no era esta la única causa que me obligaba á permanecer acostado, puesto que hacia ya algun tiempo que me sentia enfermo por exceso de trabajo, y tambien á causa de mi régimen alimenticio, toda vez que apenas comia otra cosa que frutas y pescado salado. Lo peor del caso era que nos acercábamos al invierno, estacion en que la terrible fiebre amarilla siembra el espanto en el pais. No obstante, á la tercera noche de navegacion el sueño, cuyas dulzuras no gozaba ya hacia algun tiempo, acababa de sorprenderme cuando una espantosa detonacion me despertó lleno de sobresalto. Una luz intensa que al parecer salia del mar se reflejaba á larga distancia y enrojecia mástiles y cuerdas con un resplandor siniestro. Oyéronse entonces terribles gritos en el buque á que el nuestro iba sujeto; á ellos sucedieron agudos gemidos, y á la luz rojiza sucedió tambien la mas profunda oscuridad. Fue preciso aislarse del buque, picando las amarras para librarse del incendio. Luego, el capitán mandó echar al mar

dos esquifes, y todos se apresuraron á obedecer esta orden; pero debe saberse que las tripulaciones de los buques brasileños se componen en parte de negros, y que el servicio no se hace en ellos con la debida rapidez, no obstante los buenos deseos de los oficiales. Un hombre se acercó á las amarras hacha en mano, y al dar la señal ví alejarse al fin, á pesar del viento, la primera embarcacion, que no tardó en perderse en las mas densas tinieblas; la otra, rechazada con fuerza por las olas, no pudo separarse del *Mercurio*, y estuvo á punto de hacerse pedazos. Ningun pasajero se atrevia á hablar, y todos miraban con terror las chispas que de segundo en segundo se levantaban sobre el buque que habíamos remolcado, y que en aquellos momentos estaba ya lejos de nosotros.

Oíanse un rumor confuso y quejidos lejanos que el viento esparcía por el espacio, y no obstante, los hachazos y los tristes ruidos que se confundian con el estruendo de las olas, infundian á ratos la turbacion y el espanto en nuestras almas. En fin, á nuestra sombra se destacó un punto entre dos olas, se perdió, volvió á aparecer, y en medio de un silencio sepulcral vimos avanzar hácia nosotros tres cuerpos que apenas tenian ya figura humana. Supimos entonces que para aligerar todo lo posible la carga de nuestro buque y acelerar su marcha, los que iban á bordo del vaporcito habian calentado escesivamente su máquina, lo cual ocasionó la explosion de la caldera. Empezaba á declararse un incendio cuando por fortuna llegaron para apagarlo los marineros de nuestro buque, que cortaron algunas partes ya maltratadas por las llamas, y suministraron los primeros auxilios necesarios á tres de sus desgraciados camaradas. Aquellos hombres que habian sido traídos á bordo no estaban muertos, como se creyó en los primeros momentos, y habiendo sido envueltos en trapos empapados en aceite, los dolores los devolvieron á la vida. Hecho esto, se les acostó con el mayor cuidado, resolviendo dejarlos en Victoria. Nuestro médico se proponia salvar á dos; el tercero, que era un negro, tenia todo su cuerpo convertido en una llaga; mas por fortuna tambien se logró salvarlo. Mucho tiempo despues volví á verle, y se habia hecho blanco y negro; su piel era atigrada de pies á cabeza, porque las quemaduras en el cutis de los negros dejan cicatrices blancas.

Tan triste aventura nos hizo perder mucho tiempo y anclar en alta mar para no estrellarnos al entrar en Victoria durante la noche.

Hasta las ocho de la mañana no pudimos entrar en las aguas de Victoria (1). Mucho antes de desembar-

(1) La ciudad de *Nostra Senhora de Victoria*, capital de la provincia del Espíritu-Santo, está situada sobre una isla en medio de la desembocadura del rio de este nombre, á los 20' 18" de latitud meridional. Su poblacion cuenta 12,500 habitantes.

car se entabló un breve diálogo por medio de la bocina, con un hombre encaramado sobre la cureña de un cañon. Pasamos por delante de la *Fortaleza*, y no sé si debo atribuirlo á un efecto de óptica, pero es lo cierto que la bandera que sobre aquel pequeño fuerte ondeaba me pareció mayor que todo el edificio.

Mi huésped italiano fué á la ciudad á buscar habitaciones. Una fonda encontró; pero ¡qué fonda, cielo santo! y sobre todo ¡qué camas! Hice tender un colchon sobre una mesa de billar, y con gran descontento de algunos parroquianos puse coto á las reclamaciones corriendo un cerrojo que por su tamaño hubiera podido rivalizar con mi llave de palacio.

Quebrantado de fatiga por nuestra desagradable navegacion y por las violentas emociones que es fácil adivinar, hubiera sin duda dormido sobre una desnuda mesa de billar; pero á las nueve de la noche, unos gritos, ó por mejor decir, unos ahullidos que nada tenian de comun con la voz humana, dados por algunos negros, me hicieron saltar atropelladamente de la cama; y asomándome á una ventana, ví una turba que se dirigía hácia un vasto edificio. Este era una iglesia, y aquellos gritos eran cánticos religiosos entonados por la gente de color, rutinera hasta mas no poder, y que imagina que ahullando dirige preces al cielo. Poco á poco fuí familiarizándome con tan singulares costumbres.

Al dia siguiente, mi huésped italiano vino á fin de presentar conmigo las cartas de recomendacion que me habian dado para el presidente de la provincia, el jefe de policia y algunos ricos particulares. Desde aquel momento tuve ocasion de ver que el señor X... era un hombre astuto que sabia sacar partido de todo; y á decir verdad, no me hizo formar una opinion muy ventajosa respecto de él. Las cartas se referian esclusivamente á mí; pero él despues de leerlas, solo me traducía algunas frases corteses y promesas de buenos servicios, y acto continuo y sin transicion de ningun género hablaba á las personas á quienes aquellas iban dirigidas, de sus propios intereses, apelando á su bondad y esplicándoles largamente los maravillosos proyectos que habia concebido, sin mas objeto, como puede suponerse, que el de ser útil al pais. Hecho esto, salíamos, él muy satisfecho, y yo preguntándome si era aquel el objeto que mis altos protectores de Rio-Janeiro se habian propuesto al tomarse la molestia de escribir en mi favor las cartas de que otro se aprovechaba tan á su placer. No obstante, debo confesar que merced á una de aquellas benévolas misivas nos fueron entregados dos caballos y un negro, con el encargo de llevarlos al sitio donde nos proponíamos marchar, pues habíamos resuelto dejar nuestros equipajes en Victoria, á donde, no bien llegáramos á Santa Cruz, se enviarían algunas canoas.

Habiendo aplazado nuestra partida para el dia siguiente, fuí á visitar la ciudad y sus inmediaciones. Al fin encontré el principio de lo que me habia propuesto buscar: ¡indios! Algunos de estos infelices antiguos salvajes viven en lo que se podría llamar los *arrabales*, si Victoria fuese realmente una ciudad. Sus habitáculos, que en nada se parecen á las casas, tampoco son chozas; y, para lo que yo deseaba hallar, aquellos indios no estaban bastante sometidos al estado natural ó primitivo, pues habia penetrado entre ellos un poco de civilizacion y este poco era ya demasiado. En muchos de sus chirivitiles en que entré ví con sorpresa que casi todas las indias hacian encajes de hilo. Además, en todas partes habia atada una cotorra á un palo clavado en la pared. Durante este paseo, tuve por lo menos el gusto de ver algunos hermosos papagayos en estado completamente salvaje.

Sillas y estribos.—Nova-Almeida.—Tribulaciones.—Orquídeas.
La iglesia de Santa Cruz.

Era la mañana del siguiente dia, y los caballos se hallaban á nuestra puerta con la brida puesta, no habiendo sido olvidada cosa alguna, si se exceptúan las sillas. Para procurárnoslas nos fue preciso recorrer de nuevo la ciudad, lo que no era muy agradable, porque parte de ella está construida en las alturas, y las calles no son por lo regular sino unos peñascos en los cuales cada paso ocasiona un resbalon. Despues de preguntar á los transeuntes, y de ser enviados de casa en casa; despues de haber oído á mi compañero exclamar mil veces con ademanes de desesperacion: «¡Un caballo senza!...» y á todos los que lo escuchaban, repetir alejándose y levantando los ojos al cielo, la misma exclamacion: «¡Un caballo sin silla!» empecé á pensar que lo mas breve seria partir, montando en pelo. Pero poco á poco la desgracia que nos affigia se convirtió en una especie de calamidad pública, de modo que habiendo tomado parte en el asunto algunos oficiales, nos fueron traídas triunfalmente dos sillas adornadas con sus correspondientes estribos. Esta vez partimos con toda felicidad.

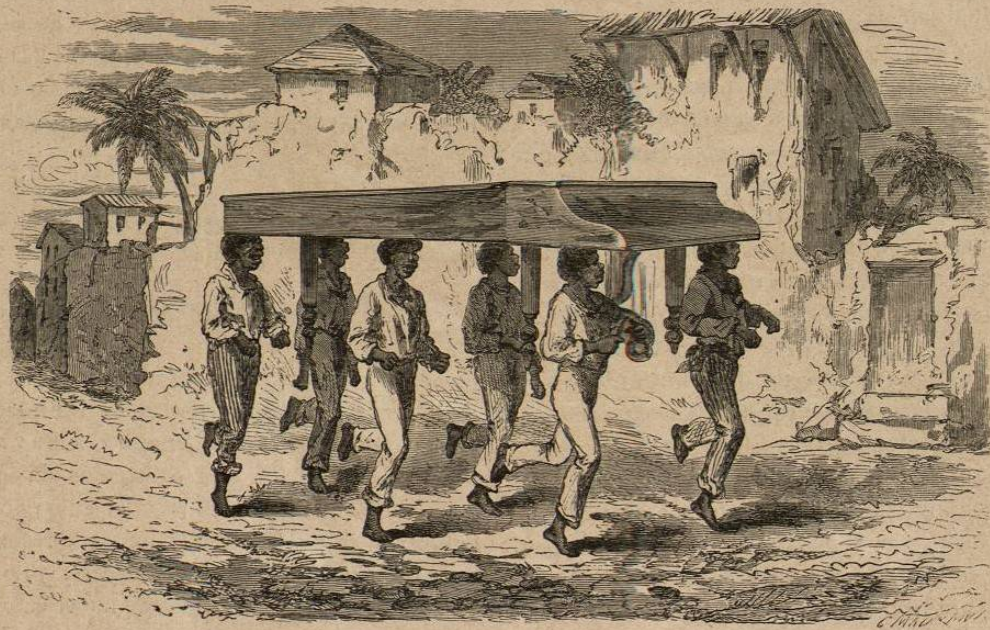
El pais que recorrimos en la primera jornada no me procuró todavía las emociones que anhelaba experimentar. La naturaleza, lejos de hallarse vírgen, habia sufrido ya profundas modificaciones, pues pasábamos por tierras desmontadas desde hacia mucho tiempo y abandonadas luego, siéndonos preciso atravesar grandes charcas en que el agua subia hasta las rodillas de nuestras cabalgaduras.

A la caída de la tarde llegamos á la aldea india de Nova-Almeida, habitada en otro tiempo por los jesuitas. En el centro de la plaza se ve todavía una gran

piedra, á la cual estos hacían atar los indios que habían cometido algun delito.

Mi primer cuidado al apearme fue ir á beber y lavarme en una fuente en la que permanecí algun tiempo sin poder saciarme de frescura. La noche llegó oportunamente despues de aquel baño, si es que puedo dar este nombre á las dos aspersiones que me habia propinado. Sin embargo, empezaba á pensar que hacia ya mucho tiempo que habia pasado la hora de comer, dado que mi estómago apenas con-

servaba un vago recuerdo de un pastel, del cual aquella mañana habia arrojado la mitad á dos perros que encontré en el camino. Mi huésped, que tenia un *conocimiento* en la ciudad, vino á decirme que se nos preparaba una cama, pero que respecto de la comida, siendo pobre el amo de la casa, seria una indiscrecion hablarle del asunto. El buen italiano me pareció tanto mas resignado cuanto que no habia partido como yo un pastel con los perros, y en aquel momento acababa de mascar alguna cosa... En



Traslacion de un piano, en Rio-Janeiro.

una palabra: podia esperar. Por mi parte, dispuesto me hallaba á recorrer la aldea pidiendo por limosna un zoquete de pan; pero el señor X... me pidió no hiciese tal cosa porque seria ofender terriblemente á quien tan generosa hospitalidad nos dispensaba. «No os inquieteis, me dijo, porque al rayar el dia y antes de montar haremos provisiones.» Muy duro me pareció acostarme sin cenar, sobre todo cuando no habia comido, y aun pensé que el compañero á cuyas manos me habia entregado con bastante ligereza, no me guardaba las consideraciones que en igual caso yo le hubiera guardado; pero ya me habia comprometido y me era forzoso armarme de paciencia.

Al otro dia ví muchas orquídeas asidas á los árboles; pasamos tambien por una especie de alamedas rodeadas de cactus gigantescos, cuyos tallos suelen tener 30 ó 40 pies de altura: este vegetal reemplaza el corcho y se vende por las calles. Lo mismo que el dia anterior, mi compañero iba delante. Dejele ir á sus anchas y siempre acompañado de mi negro. Yo,

convertido en entusiasta entomologista y conchiologista, continuaba haciendo mis colecciones. Nos habiamos desayunado bastante bien con judías y carne seca, y nos proporcionamos por precaucion, no solo vino sino tambien un enorme cántaro lleno de agua, en lo que anduvimos muy acertados, pues aquel dia encontramos muchos manantiales muy frescos.

A medio dia el calor era sofocante, y me costó gran trabajo dejar la sombra para acercarme á las orillas del mar, porque aun me resentia de mis padecimientos de Rio-Janeiro, y deseaba con impaciencia llegar á Santa Cruz, atendiendo á que el resto de mi viaje debia verificarse en canoa; por esto espermenté una verdadera alegría cuando ví destacarse á lo lejos sobre el horizonte un campanario.

¡Hé aquí Santa Cruz (1)! ¡hé aquí el descanso por algunos dias! Sorprendido quedé, no obstante,

(1) Esta aldegüela poco conocida no debe confundirse con el pueblo del mismo nombre, situado á 48 kilómetros de Rio-Janeiro, y donde se ven una quinta y una granja imperiales



El rio Sagnassú.

de que no se me hubiese dicho de antemano que iba á llegar á un punto tan importante, pues yo creía que Santa Cruz era meramente una aldea india, y la iglesia que divisábamos me parecía imponente. Por lo pronto era preciso penetrar por entre los árboles, y al desembocar en la llanura ví muchas chozas cubiertas con ramas de palmera, y algunas casitas blanqueadas con cal; ví también á muchos pescadores y mujeres de color, vestidas con trajes amarillos, encarnados, color de naranja y con volantes, pero descalzas; aquí y allí dejábanse ver algunos señores por-



Mi instalacion.

edificio que no había visto soñando? Por lo demás, yo no podía proponerme engañarme á mí mismo. Incapaz de sufrir por mas tiempo tan estraña incertidumbre, me decidí á pedir á mi compañero que me descifrase el enigma. Hízome ver entonces una pared de tres pies de espesor en que yo había fijado ya mi atención á causa de su altura, pero de la cual no había vuelto á acordarme, porque me ocupaba únicamente en buscar el monumento que había llegado á hacerse invisible para mí. Me disponía á espresar una duda harto fundada, acerca de la respuesta de mi vecino; pero habiendo dado algunos pasos hácia delante, ví la obra maestra del orgullo humano en su espresion mas sencilla. Aquella pared era realmente la iglesia destinada á producir efecto á primera vista, porque si mirada de perfil solo tenía tres pies de espesor, de frente presentaba una fachada completa. Entrébase en la iglesia subiendo muchos escalones, y al través de las ventanas superiores se veían campanas

tugueses, vestidos de negro, con corbata blanca y las manos sucias. Pero el campanario de la iglesia había desaparecido; y no obstante ¿cómo había podido engañarme? Yo lo había visto: su forma era la que suelen tener los campanarios españoles, portugueses y brasileños. Lo había visto á lo lejos, á la luz de aquel sol que permite distinguir una mosca á cien pasos, pintado de blanco, con varios adornos, con jarrones esculpidos y campanas; y estaba tanto mas seguro de haber visto éstas, cuanto que las había oído. ¿Qué pensar de la súbita desaparición de un



Baño en una artesa.

que hacían adivinar las que no se descubrían. Algunos adornos y jarrones esculpidos daban á aquel monumento de relumbron una esterioridad magnífica, anuncio de las riquezas artísticas que, al parecer, no podían dejar de adornar su interior. Esto es lo que yo había entrevisto desde lejos; pero también lo que ví de cerca, colocándome al otro lado. Aquella pared tan bien adornada de frente, estaba sola, apoyada en unos estribos que la defendían del viento; y los que entraban subiendo los escalones de aquella pretendida catedral, volvían á bajarlos por detrás para entrar en una miserable barraca, poco mayor que las demás. Los que habían visto las campanas en el interior del campanario, cuando estaban colocados delante de la fachada, veían de perfil un andamio de albañilería, sobre el cual se situaba el encargado de repicar; y tan bien habían sido dispuestas las cosas para darles importancia, que el espesor de la pared solo por el lado de la entrada estaba enjalbegado de yeso, al

paso que el lado opuesto no presentaba sino piedras en bruto; pero ¿qué importa? la vanidad estaba completamente satisfecha.

Permanencia en Santa Cruz.—Navegacion.—Los mangles.—Los pájaros.—Una piragua.

Mi compañero poseía una casita en la ciudad, pero estaba tan obstruida con cajones y fardos, que á fin de evitar traslaciones de objetos, pidió para mí á uno de sus vecinos una gran pieza húmeda que servía de almacén de yeso. Barrióse el sitio que debía ocupar mi colchon, y de un tonel lleno de bacalao se hizo en mi obsequio una mesa-tocador. Mientras esto se verificaba, me quedé á mis anchas, como suele decirse; y á pesar de la suntuosidad de la iglesia; á pesar de algunos trajes negros llevados por vendedores de oficio, porque en sus tiendas se encontraban vasijas siempre rotas, pólvora siempre espuesta al aire, pajuelas invariablemente húmedas, y en una palabra, á pesar de la esterioridad aristocrática de los habitantes de Santa Cruz, tuve la descortesía de quitarme las botas é irme por las calles cubiertas de yerba para llegar á orillas del mar y acostarme sobre la arena debajo de los mangles que desde lejos había visto. Tenía todavía la debilidad de creer que en el Brasil se puede dormir al aire libre. No bien me tendí en el suelo, me ví asaltado por ejércitos de insectos de toda clase; y sin embargo, necesitaba dormir. Víme precisado á dejar aquel sitio y recurrir al colchon que me habían destinado; pero como mi aposento acababa de verse favorecido por la escoba, hube de atravesar por entre una nube de polvo de yeso. Mi huésped, cuya esquisita urbanidad nunca se desmentía, se apresuró á decirme que los señores mercaderes creían que yo era un colono, y me habían tomado por un criado blanco encargado de reemplazar á una mulata, su cocinera, de la que estaba descontento. Fácil es suponer cuán agradable me fue saber la ventajosa opinión que acerca de mí se había formado.

Al día siguiente de nuestra llegada, algunos indios fueron á buscar nuestros equipajes que habían quedado en Victoria; pero por desgracia, el viento era contrario, y las leves canoas hechas con troncos de árboles no podían luchar contra su violencia; fue, por lo tanto, preciso esperar.

Ya sabe el lector que Santa Cruz se engalana con el frontispicio de una catedral, y debo decirle que ningun otro monumento ví allí digno de mención, si se exceptúa una fuente nuevamente construida. El resto de la población se reduce á algunas exiguas casas colocadas sin simetría, á la yerba que crece por todas partes en lo que pudiera llamarse las calles, y á un puertecillo protegido por algunas rocas. Mi única distracción era mirar las tripulaciones de tres buques que cargaban madera, entonando canciones har-

to monotonas mientras hacían sus maniobras. Había tomado el partido de taparme los oídos para no retener en la memoria tales canciones; pero tal precaución fue vana, porque hoy, al escribir estas líneas, veo que las canto por inspiración. Por lo regular, aquella madera es la del palisandro, que se envía á Rio-Janeiro y desde allí á Europa. Los poseedores de terreno que se entregan al comercio se limitan á explotar este ramo. A Santa Cruz se llevan los troncos cortados hasta la altura de las primeras ramas, y allí se sierran por la mitad antes de embarcarlos.

Trascurrieron tres semanas, durante las cuales consulté el viento todos los días, y siempre se mantuvo constante. Al fin llegó el que necesitábamos; las canoas regresaron; pero en qué estado! Nuestros efectos estaban completamente deteriorados y nuestros cofres llenos de agua, á juzgar por lo esterior, porque no nos tomamos el tiempo necesario para hacernos cargo de los desperfectos, pues el día en que llegaron nuestros equipajes fue el de nuestra partida, la que esta vez duró mucho tiempo.

Cargamos tres canoas con nuestros efectos, entre los cuales fue preciso colocarse, aunque con mucha incomodidad. Al ver esto, mi huésped, que me profesaba siempre un gran interés, se fué sin decirme una palabra á otra canoa, y me dejó en la mia, que era la mas cargada. Subíamos á fuerza de remos el rio Sagnassú, donde aun experimentaba la influencia del mareo; pero el espectáculo que á mi vista se presentaba era interesante: vastos bosques de mangles se dilataban con sus millares de raíces hasta muy adentro del agua.

Media hora despues de la partida, las turbonadas caían de cuarto en cuarto de hora sobre nosotros con tanta impetuosidad que mi paraguas se rompió, mis cofres volcaron y la canoa se llenó de agua; de modo que si un indio no se hubiese apresurado á vaciarla hubiéramos irremisiblemente ido á fondo. Aquel indio, que no tenía á mano ningun instrumento á propósito para esta operacion, tuvo la feliz idea de servirse de un vaso, mientras los otros empujaban hácia tierra la canoa. Desembarcamos con toda felicidad, y esperamos á que el tiempo mejorase. No bien dejé de temer un baño forzoso, empleé el tiempo que pasamos arimados á un peñasco en calcular cuántos días hubiera necesitado el ingenioso indio para vaciar la canoa con su vaso, y averigüé que le hubieran bastado poco mas ó ménos, tres semanas.

El cielo recobró al fin su color azul, y volvimos á embarcarnos. Mis ojos no eran suficientes para mirar en todas direcciones, pues esta vez nos acercábamos á los bosques vírgenes. El rio era ancho, y veía á lo lejos pájaros blancos de gran tamaño: eran garzas con pico de color azul celeste y adornadas con penachos que les caían á cada lado de la cabeza, martin-